

LA AURORA

Año I

San José de Costa Rica, A. C., lunes 5 de diciembre de 1904

Nº 18

SUMARIO

Aurora	R. B. M.
Autonomía Municipal	Z.
Un Congreso sublevado	Ll. B.
Compromiso	A. T.
Tres Ríos	
Información	
Cables	

GERENTE: ROBERTO BRENES MESÉN

AURORA

El odio á lo nuevo, la mentira y la traición, la vergonzosa cobardía, la superstición fanática, la codicia vestida de religioso, el egoísmo feroz, la ignorancia alimentada por la explotación general, son otras tantas fieras carnívoras que van devorando el cuerpo social.

La inteligencia iluminada por la verdad científica vive empeñada en una lucha heroica contra la salvaje barbarie del pasado que se resiste á morir y que se conjura con sus herederos del presente para atentar al progreso. Las instituciones que nacieron licitamente para amparar y mejorar á los hombres, prostituidas por la concupiscencia, se convirtieron en villanas mercancías. Las clases elevadas, las nobiliarias, en las viejas sociedades, que se levantaron á poder de méritos, por el valor abnegado, por la generosidad del alma, durante su larga inacción han perdido sus antiguas virtudes y reblandecidas han caído en el fango; mientras van surgiendo, á nuestros ojos, y desde el arroyo, los entendimientos vigorosos, los corazones superiores, que no emplean sus grandes ventajas en provecho propio, sino en bien de todos los hombres, aun de quienes los desprecian ó de quienes los odian.

La sociedad carcomida de preocupaciones, de malas costumbres, no puede soportar con tranquilidad la presencia de los hombres que fustigan sus vicios y que se entregan afanosamente á la tarea de derruir lo que no tiene derecho á la vida, para levantar una sociedad mejor en el lugar de aquella.

Contra esa clase de combatientes las sociedades se concitan, y como todavía constituyen los más, triunfan y á veces con triunfos escandalosos, hasta con inicuas matanzas, porque desesperadas las viejas sociedades con las amenazas que cuelgan encima de sus cabezas, llegan con su impulso de defensa á los más sanguinarios delirios. Los combatientes se quedan aislados ó se reúnen en el destierro ó se marchan á los retiros, en parejas enamoradas, á procrear la Humanidad de mañana, la nueva Humanidad limpia de todas las excrescencias del pasado.

Tal es, en compendio, el conjunto de ideas que constituye el fondo del drama de Dicenta que lleva por título *Aurora*.

Manuel, el joven médico, después de haber hecho sus estudios, vuelve al

hogar de su prometida, prima suya. En él se ve rodeado por los representantes de la vieja sociedad: un abogado que trafica con la justicia, un médico que trafica con la salud ajena, un representante de cofradías religiosas, el Pantoja de Electra. A las primeras conversaciones Manuel, que no encubre la verdad, hiere con sus palabras á don Homobono, luego al Magistrado, luego al Médico y cuando menos lo espera, se queda solo. Aurora, la costurera llevada á aquel hogar por una intriga de Homobono, es la única que ama á Manuel, á quien conoció en un hospital, sólo ella lo comprende. Pero es una mujer nacida en el arroyo, que perdió su inocencia en la fábrica, donde vivió á merced de su amo. No pudo consentir en ser la mujer de Manuel; aunque sigue amándolo.

Aurora sorprende que Matilde, la prometida de Manuel, es la amante de Enrique y que se han complotado para engañar á Manuel y resolver decirlo á este.

Herido en lo más profundo de su ser, exige las pruebas y él mismo va á buscarlas al lugar de la cita. Las halla, hay ruido de voces, acuden los representantes de la vieja sociedad y allí en el jardín, ante la naturaleza dormida, Manuel reniega de todos esos muertos sin enterrar y se marcha con Aurora, á formar la Humanidad nueva, la que comienza á vislumbrarse ya.

R. BRENES MESÉN.

Autonomía Municipal

Dos son los puntos que intentó tratar — hábilmente confundidos — el señor Director de *Las Noticias* en su artículo de combate caballeroso á nuestros pareceres. En esa pieza hay resplandores de cultura, y de serenidad, lo cual nos mueve á considerarla aun cuando carezca de argumentos de fuerte consistencia, basados en hondas y claras convicciones.

Por hoy nos limitaremos á la *Autonomía Municipal*, que es la cuestión que quiso tratar de preferencia nuestro adversario, si bien no logró demostrar con prueba alguna aceptable el error de nuestro juicio que es adverso á la existencia de una autonomía de *circunstancias*, como si dijéramos, que no es ni puede ser autonomía, puesta la cosa en el terreno de los principios y aún en el campo de prueba de la práctica.

Dice nuestro contendiente: "Un grupo de hombres desapasionados, de ciudadanos activos, etc., etc., tiene que ser una colectividad libre, porque es libre por sus mismas condiciones de independencia y es autónoma por lo mismo que es libre".

A primera vista, la cosa no admite duda. Un grupo de conclusiones que van deduciéndose unas de otras, á merced de la fantasía del escritor que las consigna, tiene que parecer á muchos argumentación concluyente. No

así á nosotros que hemos sorprendido desde el primer instante ese donoso juego de palabras, de hermosas palabras, con las cuales ¡qué bello acertijo se obtuviera!

El idioma es bien propio para la chanza. Se toma una cantidad cualquiera de virtudes — más ó menos posibles — y se las hace producir la libertad; y una vez obtenido el resultado, ahí tiene Ud. materia para formar independencia y para hacer autonomía, procedimiento que recuerda ese ejercicio ilusionista de la transformación en el teatro, que hace desfilar en los escenarios á una multitud de individuos hecha por un mismo ingenioso personaje.

La aspiración á la autonomía, esto es, el ansia de darse cada uno su ley sin que otro se la imponga, ya lo creemos que puede nacer del concurso de esas virtudes enumeradas; y aún sin el concurso de ellas puede existir, ya que es tendencia innata en el humano espíritu.

Desde luego ese grupo de honorables é ilustradas personas tendría á lo sumo la autonomía de su pensamiento — porque el pensamiento no admite jamás obstáculo alguno á sus empujes formidables — pero en la práctica se encontraría siempre conque por buena, por beneficiosa que haya sido su intención, hay un poder superior que puede decirle: esto no me parece bien y no se hará. ¿En donde está, pues, la autonomía?

Nuestro colega ha trocado los conceptos, y así exclama: "El Municipio es autónomo, el Municipio es libre aunque tope con la pereza de un ministro, cuando él sigue la línea recta, cuando sus acuerdos no han sido consultados, cuando sus disposiciones llevan el sello de la independencia". No, decimos nosotros. El Municipio será honrado en ese caso, y sus decisiones habrán brotado del criterio independiente de los individuos que lo componen; pero la idea de autonomía que esos hechos despiertan, se aleja inmediatamente, desde luego que tales decisiones no pueden ejecutarse — cuando al fin se ejecutan — sin la venia del Poder Ejecutivo.

Y para quien creyere que esto sólo acontece en asuntos de la gravedad y trascendencia de las cloacas, hemos de exponer aquí que aún el detalle simple del nombramiento de una autoridad de Policía Municipal encargada de hacer cumplir las disposiciones sobre higiene, es impotente nuestro Municipio para ejecutar su voluntad. Hace mucho tiempo que este acuerdo á que nos referimos, dormita silenciosamente sobre la mesa del señor Ministro del ramo, con todo y ser de urgente ejecución.

¿Que las veces en que el Gobierno está de acuerdo con la Municipalidad y tiene la bondad ó el buen humor de aprobar alguna de sus disposiciones, dan idea de esa autonomía *relativa* con la cual debemos por ahora contentarnos?

Por demás está combatir esa ocurrencia que sólo se sostiene en aquel criterio *transaccionista*, tan conocido ya en esta tierra, de que todavía á es-

tas horas la libertad no se conquista de una vez y que es preciso contentarse con la que vaya otorgándonos graciosamente el Poder que la tiene acaparada.

El que los Municipios procedan cuerdamente, cúmplanse ó no sus mandatos, será cosa digna de tomarse en consideración cuando de discernir responsabilidades se trate, no para establecer la idea de una autonomía de hecho que no tiene de derecho.

Por supuesto, que no negaremos la realidad de que un municipio formado por personas de cierta honrada altivez, nos evitaría el espectáculo de aquella irritante incondicionalidad que en otras épocas se ha estilado en el ayuntamiento; y en ese sentido, en el sentido de la decencia, comprendemos que se trabaje por unos ú otros personajes, mas no en el sentido de la autonomía, que está reñido abiertamente con el sistema centralizador que aceptan y cultivan nuestros gobiernos.

Mañana volveremos sobre el punto de nuestro abstencionismo.

Un Congreso sublevado

El *Heraldo de Madrid* correspondiente al 29 de octubre último, publica extensamente lo ocurrido en las Cortes españolas, al anunciar el señor Maura, que el congreso seguiría en sesión permanente, hasta aprobar los suplicatorios para procesar al valiente republicano señor Lerroux.

Es ya viejo en España, el sistema. Todo, contra los republicanos, contra los únicos que sienten aspiraciones de mejora, de renovación, de progreso...

El señor Lerroux es un joven luchador, tenaz, implacable. Tiene en vigilia perpétua á la Monarquía: sus discursos producen al trono más conmoción, que las bombas lanzadas por los policías, en nombre del anarquismo.

Se le ha querido procesar por un artículo publicado en *El País*. El señor Lerroux, al oponerse con las minorías, á esa farsa de los suplicatorios, exclama:

"He tenido ocasión de saborear diferentes veces las amarguras de la prisión; pero no es esto lo que temo, sino la administración de justicia, que en España se juzga mala hasta por el señor Sánchez de Toca."

Al Presidenté se le acabaron las campanillas de plata, y empezó á usar una verdadera esquila.

Las minorías se empeñan en resistir. No quieren sucumbir ante la brutalidad del número. Y en tanto, sigue sin cesar el clamoreo, el vocerío, la agitación, una agitación formidable, ensordecedora, nunca presenciada ni en el más escandaloso de los lugares.

Había el jaleo llegado á su colmo, cuando el diputado ministerial Navarro Ramírez, dirigiéndose á las minorías, gritó: ¡Cobardes!

Al oír esto, la indignación de las